go, lleva su idea, como yo llevo muchas veces la mía; él piensa en atrapar moscas, y yo en llevar la boca cerrada para que no entren.

XL.

Todas las respuestas chistosas de aquel hombre tenían para mí el sentido de indirectas, y cuando cansado de sufrir procuraba convencerme á mí mismo de que Ambrosio no me hablaba con malicia, me encontraba tonto y poco afortunado.

Veinte veces por día estaba tentado de decirle:

—Juguemos claro y unámonos para devolver ese niño á su madre. Encargaos de hacerle la revelación de un secreto que me pesa y del que os ruego me desembaracéis.

Pero entonces una mala vergüenza me detenía. Tenía el amor propio de haber hecho bien una cosa que al principio me había parecido imposible, y confesar á aquel bohemio que había sido más hábil que yo, me causaba una repugnancia invencible.

Viviendo así entre el remordimiento de mi conciencia y el temor que me causaba ver el triunfo de Ambrosio, me consumía, poniéndome cada vez

más enfermo, de tal manera que me ví atacado de una fiebre altísima que me tuvo en cama cuatro días. Los Michelin me cuidaron afectuosamente; pero el que me curó fué Ivoine, administrándome un brevaje compuesto por él con las hierbas de la montaña, el cual tomé sin tener conciencia de nada, pues durante cuarenta y ocho horas perdí el conocimiento del lugar donde estaba y de las personas que me rodeaban.

Cuando volví en mí, una luz vaga alumbraba mi habitación: miré á mi alrededor con extrañeza, sorprendido de salir de aquel caos de ensueños en que me revolvía y de ver á Ambrosio á mi cabecera.

Le interrogué, y me dijo que había estado muy intranquilo, pero que él conocía aquella fiebre y me había servido de médico. Continué tomando sus medicinas, que me sentaron muy bien, pues al cabo de tres días estaba libre de todas aquellas incomodidades que había experimentado antes.

—Mi querido Ambrosio—le dije una mañana almorzando con un apetito que no había sentido hacía seis meses—no sé si os debo la vida, pero estoy seguro de que os debo la salud. Sé que me habéis cuidado como si hubiese sido vuestro hermano, pasando día y noche á mi cabecera. Quisie-

ra probaros mi agradecimiento; decidme algo en que pueda serviros.

—Sólo deseo que estéis bueno, señor Carlos—respondió con aire franco;—no necesito nada, á Dios gracias. Sin embargo, tengo el capricho de habitar en este castillo durante mi vida. Ya sabéis que he escogido la familia Michelin como mía: tengo cuatro cuartos ahorrados y no tengo descendencia; mi hermano el de Orleans tampoco la tiene, y yo quisiera morir aquí y dejarlos á uno de los niños, á vuestra ahijada ó á vuestra comadre, ó al pequeño Trinidad, si su familia llega á abandonarle. He hablado sobre este asunto á Michelin y á su mujer, y me han dicho que no tenían inconveniente, si vos lo aprobabais, en que me quedase á vivir con ellos. Ahora á vos os toca decidir, pues aunque ya hemos hablado de ello en broma, ahora es cosa seria. Ya me voy haciendo viejo, y este invierno último me ha molestado mucho el reuma. En el buen tiempo todavía puedo correr los campos; pero cuando lleguen las nieves quiero tener mi guarida donde refugiarme. ¿Os parece bien?

No podía negarme, y demostré hasta alegría en poder servir á Ambrosio Ivoine, aunque esta aparente insistencia en vivir al lado de Trinidad me dió en qué pensar.

En vano traté de arrancarle alguna confesión. Tuve que reconocer que se había apoderado de mi secreto y que era más hábil que yo en guardarle.

Después de todo, esto era muy natural, pues él tenía el papel de generoso, mientras que, en contra de mi conciencia y de mis instintos, yo tenía el papel de traidor en aquella comedia.

Pasé aún seis semanas en Flamarande, sintiéndome allí más tranquilo, y, fuera de mi disgusto constante, más feliz que hacía mucho tiempo.

Los Michelin eran buenísimos, sus hijos me querían, y Ambrosio me distraía con su graciosa charla y su actividad. Mi salud iba asegurándose poco á poco al no tener continuamente el espectáculo de las lágrimas de la Condesa ni el suplicio de las confidencias de su marido. Me pertenecía, en fin, y poco á poco se infiltró en mí la idea de sacudir el yugo que me había sido impuesto.

Tomé la resolución de escribir á la Condesa para informarla de la existencia y de la buena salud de su hijo mayor, con cuyo motivo escribí muchas cartas que luego quemé, en el temor de que fuesen sorprendidas por su marido.

Por otra parte, era una cosa que no podía explicarse por escrito. ¿Cómo atreverse á decir que estaba acusada á una mujer tan pura y tan noble?

¿Cómo evitar que cometiese alguna imprudencia de fatales resultados una madre tan apasionada?

El Conde había encontrado el más cruel de los castigos, caso que su mujer se rebelase; habia hablado de quitarla á Roger, y era hombre que lo haría. Decidí estar allí y preparar á la Condesa para esta revelación que no podía encargar que hiciese nadie por mí, y todo esto debía tener lugar á su regreso de Italia. Me aferré á esta resolución, que era para mí la única esperanza para volver á encontrar la tranquilidad de mi conciencia, y me armé de valor, ocupándome de Gastón con profunda ternura.

Desgraciadamente el niño no me quería, y todas mis caricias le encontraban insensible. No era ni brusco ni huraño, pero respondía á mis preguntas con aire de fastidio, y se enjugaba la frente con el revés de la mano cuando yo me atrevía á sorprenderle fijando en ella mis labios.

Su instinto de reserva no se notaba tanto con los demás, porque los aldeanos no son expresivos y nadie demandaba sus caricias. Gastón era el extremo opuesto de su hermano Roger, que mostraba ya un carácter expansivo. Mimado, ardiente, caprichoso, no tenía un minuto de tranquilidad. Era necesario que toda cosa ó persona pasara por

sus manos. Lo destrozaba todo, y en sus juegos se cuidaba poco de si le hacía á uno daño ó no; pero al momento se arrepentía de un modo encantador y acariciaba con pasión, encontrando palabras tiernas y cómicas para consolarle á uno. Sus ruegos eran irresistibles, sus cóleras violentas y sus gracias adorables. Siendo todo emoción, daba á los demás emociones continuas.

Gastón en cambio, apacible y desconfiado, era muy misterioso. Su dulzura era inalterable, no tenía ningún capricho y se distraía estando solo tanto como cuando estaba con los demás niños. Todo parecía interesarle, y se pasaba examinando horas enteras el trabajo de las hormigas ó el de las abejas. Se echaba boca abajo en la pradera para contemplar la verde hierba ó conversar con los grillos. No le gustaban los animales grandes; pero no porque les tuviera miedo, porque á decir verdad, nunca parecía asustarse de nada. Era bueno y cedía todo de buena gana á las niñas de la casa; pero parecía no amar más que á la más pequeña. Recogido y como concentrado en sí mismo, no pedía nunca nada, y si se hubiesen olvidado de darle de comer, se hubiese ido á coger hierbas á la montaña y frambuesas al bosque antes que reclamar su comida.

Allí no extrañaban verle tan diferente de los demás, pues desde el principio le habían visto triste ó resignado al no poder hacerse comprender, y se explicaban perfectamente el trabajo impuesto á un niño que empieza á hablar, cuando de pronto tiene que olvidar un idioma para aprender otro. Decían que ya se pondría alegre cuando pudiera explicarse perfectamente bien; pero aquellas buenas razones no me persuadían, pues veía siempre en él al ser arrancado de su centro y condenado á una existencia contraria á las tendencias y á los instintos de su raza. Los hijos de Susana Michelin habían sido vaqueros y queseros en el seno de su madre; Gastón había sido llevado en carretela y alimentado con bocados de rey antes de nacer. Trinidad no sabía esto, pero lo presentía, y sin dar forma á sus ideas de niño, experimentaba, sin duda, el asombro y quizá el espanto de vivir de otro modo al que hubiese vivido á no ser por el Conde de Flamarande y por mí. Así es que cuando me miraba me hacía bajar los ojos, y al verle negarse á mis caricias, decir:

—Bien hecho: tienes lo que mereces.

Yo había obtenido de mi amo un mes de vacaciones, y me había tomado dos sin pedirle permiso. Temía encontrarme á su lado, y deseaba

verle descontento para tener el derecho de romper. Había respondido de mi deuda paternal, y mis acreedores habían tenido paciencia; pero yo estaba aún bastante joven para obtener un empleo, y el señor Conde sabía muy bien que era demasiado escrupuloso para olvidar mis deberes.

XLI.

Salí hacia París á fines de Septiembre, huyendo del frío del Cantal, que iba siendo intenso. Hubiese querido llevar conmigo á Ambrosio, con quien, á despecho ó quizá á causa de mis desconfianzas, estaba singularmente unido. Le hice ver que estaba en posición de hacerle medrar, de poderle proporcionar donde ganar su vida, y le dije que no comprendía que se quedase en invierno en la montaña, él, que empezaba á temer al reuma y á querer cuidarse.

—No conocéis nuestros países—me dijo;—sólo el viento es un poco desagradable en las alturas; pero cuando llega la nieve, no sentimos el frío, porque nos encierra en nuestras barracas y nos abriga; algunas veces cubre nuestros tejados con más de un metro de espesor, y entonces nosotros

nos formamos caminos cubiertos para circular de un sitio á otro, y hay pueblos donde se vive así alegremente. Aquí, en Flamarande, no estamos nunca enteramente cubiertos, porque la roca favorece el deshielo todos los días. Sin embargo, se dejan cubrir los establos y allí se acuestan hasta los niños, porque es más sano y más abrigado.

—¿De modo—dije—que Trinidad va á dormir este año en la nieve?

—Bajo la nieve, lo cual es muy diferente; ¿y por qué ese chiquito había de temer el frío más que los otros niños?

—No sé; pero tal vez no esté acostumbrado, porque como decís que es de raza meridional..... si ha sido criado en países más templados.....

Ambrosio se me quedó mirando con tanta fijeza, que temí haberme hecho traición y me apresuré á hablar de otra cosa.

Volví á París por Clermont y esperé merecidos reproches por el mucho tiempo que había empleado en mi comisión; pero el Conde no pareció apercibirse de mi negligencia y no me hizo ninguna pregunta sobre el empleo de mi tiempo. Sólo se informó de lo relativo á la instalación de los restos de sus padres en la capilla restaurada, y pagó la nota de los gastos sin preguntarme por qué

había hecho reparar el torreón al mismo tiempo.

Probé á volverle á hablar de Gastón, y me hizo seña con la mano como para indicarme que aquel asunto estaba en adelante prohibido y no debía jamás hablarle de él.

La Condesa llegó en los primeros días de Noviembre. También ella había estado separada del Conde algún tiempo, pues la venta de Sevines había ocupado á éste más de lo que pensaba, y no había podido ni reunirse con ella en Italia ni mandarla volver á París.

Mi amo no estaba ya celoso, ni nadie hubiera dicho que lo había estado nunca. Tenía muy buen humor. Sus deudas estaban pagadas y su salud era inmejorable. Tenía además una esposa sumisa y un hijo hermosísimo. ¿Qué más podía ambicionar?

Roger estaba más mimado, más diablo y más seductor que nunca. La Condesa estaba muy buena también, y me pareció que había embellecido. Había temido mucho verla volver delgada y triste como á su marcha; pero lejos de eso, la encontré radiante. Sin duda había tomado su partido olvidando á Gastón y dedicándose por completo á Roger, que era todo para ella.

En esta situación, me pregunté si debía turbar

la paz que reinaba en aquella casa con una revelación tan infernadora, y volví á caer en mi abatimiento. Debía mi curación física y moral á la valerosa resolución de consolar á aquella pobre madre, á quien encontraba olvidadiza ó engañada definitivamente. Me sentía, pues, como forzado á quedar criminal para con ella y culpable á mis propios ojos, lo cual hizo aumentar mi timidez con la Condesa.

Me había yo lisonjeado en mis sueños dorados de Flamarande, de conquistar con mi confesión y mi arrepentimiento la benevolencia casi amigable que ella me había demostrado en su dolor, y que yo tenía tanta necesidad de merecer. Por ver su gozo y su agradecimiento creo que hubiera dado mi vida, y lo que es más, hubiese desafiado el furor y el desprecio de mi amo; pero no, la Condesa no pensaba ya en Gastón: estaba contenta, hermosa, y me miraba tranquilamente, hablándome con una dulzura política y fría. Sus ojos no interrogaban ya los míos; su mano no se tendía hacia mi mano; ni una sola orden salía para mí de sus labios. No era ya para ella más que el ayuda de cámara del señor Conde.

Un día la Condesa me encontró en la antecámara puesto en cuatro pies y sirviendo de caballo

al impetuoso Roger, que me tenía cogido por el cuello besándome y dándome taconazos en los costados. Su madre le cogió vivamente en brazos como si hubiera temido que yo le hiciese daño.

—¡Ah, señora!—le dije levantándome—¡no sabéis cuánto amo á los niños!

—Lo sé—me respondió;—sé que tenéis muy buen corazón; pero mimáis demasiado á Roger, y él abusa de vos y se va á hacer malo.

Me pareció que aquel momento estaba predestinado para mi confesión, y ya iba á suplicar á la Condesa que me oyese particularmente, cuando antes que yo hubiese podido encontrar una palabra para expresar mi intención, había desaparecido llevando en brazos á su hijo, y no tuve el valor de seguirla.

Otro día recibí de manos del cartero una carta dirigida á ella, en la que reconocí la letra de la señora de Montesparre. Estaba resuelto á no servir más de espía, y ya iba á entregar esta carta á Julia cuando el Conde pasó por mi lado rápidamente y la cogió diciendo:

—Seguidme.

Cuando estuve en su despacho me dijo:

—Leedme eso.

Yo no quería; temblaba y mi indignación iba á

estallar; pero no pareció apercibirse, y rompiendo el sobre, me entregó el papel y me dijo:

—¡Leed!

Yo leí.

«Montesparre, 2 de Enero 1846.

«Mi querida Rolanda: tengo que hablaros; estaré en París dentro de algunos días y habitaré donde siempre; allí os esperaré, pues tengo horror á vuestro marido y no quiero verle. No os hablaré de Salcedo, pues ni siquiera sé dónde está, sino de mí. Adivinaréis que deseo pediros un favor, y cualquiera que sea entre nosotras el pasado, os conozco demasiado para no creer que vacilaréis.

Berta.»

—Muy bien—dijo el Conde tomando la carta.—La Baronesa está consolada también y quiere proceder á otro matrimonio. La Condesa de Flamarande no tiene por qué recibir semejantes confidencias. Dadme la cartera donde están las otras.

Yo objeté que todas aquellas cartas suprimidas constituían una imprudencia por parte del señor Conde. Al venir la Baronesa á París era casi imposible que no encontrase á la señora en alguna parte, por retirada que fuese la vida que ésta ha-

cía. Las dos amigas no tardarían mucho en darse sus explicaciones, y la confiscación de su correspondencia despertaría las sospechas de la Condesa de Flamarande.

—No estáis en lo cierto—me respondió el Conde—si creéis que la Condesa no ha adivinado todo lo que no se le ha dicho. La confesión más clara de esto es su silencio, que prueba que acepta su castigo cumpliendo con su deber y procurando reparar su falta. Quiero que en adelante la dejen tranquila; ya va muy poco á sociedad, y creo que aceptará sin sentimiento el dejar de ir por completo. Que reciba en su casa, donde la Baronesa de Montesparre no se atreverá á presentarse; así todos quedamos bien; pero no me habéis dicho, Carlos, que la Baronesa estuviese en Montesparre.

—Cuando yo he hecho mi último viaje no estaba.

—Decían que estaba enferma en el Mediodía—replicó el Conde;—por la carta parece que anda con misterios; será alguna nueva pasión; tiene demasiadas para ser la amiga de una mujer que no debe tener ninguna. Dad orden de que si acaso se presenta, no la reciban.

No dí ninguna orden, y ocho días pasaron sin que oyese hablar de la Baronesa. Me informé como

por casualidad en su hotel y me dijeron que ya había llegado; pero aun pasó otra semana sin que se la viese por allí ni volviese á escribir de nuevo.

El Conde pensó que había renunciado á ver á su mujer, ya porque estuviese justamente ofendida de su silencio, ya porque hubiese olvidado el deseo, un instante sentido, de volver á ver á su querida Rolanda. Esto era, según él, lo más probable. «Las mujeres—decía—son menos dañinas de lo que parecen, porque su ligereza las distrae á menudo de las maldades con que nos amenazan.»

Yo no estaba, en cambio, nada tranquilo. ¿Quién sabía si la de Montesparre tendría ya la clave del enigma? Si no me engañaba, Ambrosio debía haberme reconocido en la *Violeta*, y como después había ido á Sevines, era muy fácil que encontrase relación directa entre mi viaje misterioso y la desaparición del hijo de mis amos. Si el hombre que ví desaparecer como por encanto al acercarme á él, y á quien Ambrosio llamaba el molinero Simón, no era otro que el Marqués de Salcedo disfrazado, y si la Baronesa estaba entonces en Montesparre secretamente, ¿no era probable que aquellas tres personas, unidas entre sí, hubiesen comentado la

aparición extraña de un niño misterioso en el establo de los Michelin? La de Montesparre habría resuelto en ese caso advertir á la Condesa de Flamarande, escribiéndola prudentemente como para pedirla un favor y reservándose darla de palabra una gran alegría.

Era, pues, urgente que me apresurase á revelarlo todo, si quería tener algún mérito, en lugar de quedarme con la vergüenza y la odiosidad de ser señalado por los demás como el objeto de su aversión.

No podía dormir y me sentía otra vez enfermo.

—Es necesario acabar de una vez—me decía;—esta noche ó mañana hablaré.

Pero pasaba la noche y llegaba el mañana sin que yo hablase, temiendo el estallido de la bomba incendiaria que iba á lanzar en aquel hogar tan tranquilo y feliz entonces.

Y por otra parte, ¿cómo hablar en una casa donde todo estaba minuciosamente vigilado por el amo en persona? El Conde no se fiaba ni aun de mí quizá, pues con el mayor disimulo me espiaba lo bastante para comprender que yo no espiaba á mi vez como en otras ocasiones. En Sevines me había visto una vez próximo á revelar su secreto cuando la Condesa se echó á mis pies preguntándome dónde estaba su hijo.

Viendo la imposibilidad de hablar á la señora en su propia casa, pensé hablarla fuera, y me hubiese arreglado para hacerme entender de ella por la portezuela de su coche sin ser oído de José; pero Roger y su niñera, que era una normanda muy curiosa, la acompañaban á todas partes, haciéndome desistir de este proyecto. Me propuse ir siempre donde fuera la Condesa; pero como no era lacayo y no podía subir detrás de su coche, tomé un coche de alquiler que pagué muy bien para que siguiese al otro carruaje. La Condesa hacía muy pocas visitas, y éstas eran casi siempre á hoteles donde los amos recibían en el piso bajo; de modo que no tenía medio de encontrarla en la escalera y de hablarla allí. No iba tampoco á casa de su costurera ni de su modista, porque todas la servían á domicilio. En los paseos públicos llevaba siempre de la mano á su hijo, y allí además no hubiera podido detenerse para hablar con un ayuda de cámara.

Un día que la seguía con mucha esperanza, pues Roger estaba algo constipado y había salido sola, la ví con sorpresa tomar el camino del *Bosque de Bolonia*. El cielo estaba muy obscuro y había mucha humedad, y ni el día ni la hora eran á propósito para pasearse.

Por esta época el bosque no era un parque real á la inglesa, y no tenía lagos, rocas ni cascadas; pero sí árboles, arbustos, paseos donde uno se internaba y donde no penetraba el sol; praderas melancólicas, sitios desiertos, en una palabra, donde se podía hablar con toda seguridad.

Por desgracia no me era posible seguir el coche de la Condesa sino muy de lejos, porque mi cochero tenía un caballo muy malo, y le perdí de vista al traspasar la puerta Maillot, de que yo estaba lejos todavía. Por pocos carruajes que hubiese aquel día, las señales de las ruedas se entrecruzaban en la arena y tuve que ir á la casualidad con la esperanza de volver á ver su coche.

Aquella maldita arena hizo aun más penosa la marcha de mi caballo. Así es que pagué al cochero, y saltando á tierra, eché á correr á través del bosque, saltando los macizos para mirar todas las alamedas, fiándome más bien de mi estrella que de mis deducciones.

XLII.

Así perdí dos horas. Una lluvia fría caía sobre mi cuerpo, y la noche iba extendiendo sus sombras antes que de costumbre. Me había perdido y